



Figura 0 Foto aérea del conjunto habitacional "Siete hermanas". Fuente: Departamento de información geo-referenciada de la Secretaría Comunal de Planificación (Secpla), Ilustre Municipalidad de Viña del Mar.



Secuencia: Conquistando una página en la ETSAM.
Fotos: Ana Esteban-Maluenda

DE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS Relatos sobre la modernidad y la vida comunitaria: el conjunto habitacional “Siete hermanas” de Viña del Mar

FROM ENCOUNTERS AND DISENCOUNTERS
Stories about modernity and community life: the ‘Siete Hermanas’ Residential Housing
in Viña del Mar

Carolina Carrasco Walburg¹

RESUMEN

El estado de degradación en que se encuentran algunos conjuntos residenciales modernos chilenos ha puesto en cuestión sus cualidades efectivas para resolver el problema de la vivienda, tanto por su excesiva racionalidad como por su escasa capacidad de integración urbana. Sin embargo, mientras el mercado inmobiliario ha sentado un modelo basado en la estandarización y la individualidad, cabe revisar ahora los valores reales que la modernidad dejó en sus principales obras. ¿Es posible que las cualidades arquitectónicas propuestas en sus espacios públicos hayan impulsado un desarrollo comunitario?

El presente artículo presenta el caso particular del conjunto habitacional “Siete hermanas”, de Viña del Mar, y su proceso de desarrollo comunitario. Una evolución que, como se verá, estuvo sin duda impulsada por las cualidades formales y funcionales de los espacios comunes, que, a su vez, forjaron una vecindad arraigada al lugar. Este análisis retrospectivo, construido junto a los recuerdos de los habitantes originarios, revisa el actual estado del conjunto y las singularidades del caso.

Palabras clave: Modernidad, historia oral, espacios comunitarios, vecindad, lugar.

ABSTRACT

Nowadays, some modern Chilean housing complexes exhibit an evident state of deterioration. Therefore, their effective characteristics for solving housing problems have been questioned due to excessive rationality and limited capacity for urban integration. However, while the housing market has established a model based on standardization and individuality, an evaluation is necessary of the real characteristics of the main modern constructions. Is it possible that the architectural characteristics of public spaces have driven community development?

This article presents the specific case of the “Siete Hermanas” housing complex in Viña del Mar and its process of community development. As will be seen, without a doubt the formal and functional qualities of common spaces prompted the neighborhood’s evolution, which in turn created a neighborhood connected to the location. Through a retrospective analysis, carried out with the memories of the original inhabitants, this paper reviews the current state of the complex and its singularities.

Keywords: Modernity, oral history, community spaces, neighbourhood, place.

Artículo recibido el 31 de julio de 2013 y aceptado el 7 de abril de 2014

[1] Departamento de Arquitectura de la Universidad Técnica Federico Santa María, Valparaíso, Chile. carolina.carrasco@usm.cl

Durante el siglo XX, en Valparaíso y Viña del Mar se construyeron varios conjuntos habitacionales modernos en los cerros de la ciudad, entre los que destacan la población Quebrada Márquez (1946-1949), la Unidad vecinal n° 9 Loma Victoria (1956-1960), la población Zenteno (1961-1964) y el conjunto habitacional “Siete hermanas” (1974-1978). Todos ellos cuidaron de manera particular la adaptación a las condiciones de su entorno más inmediato, mediante la creación de una serie de espacios intermedios de circulación y estancia que, además, favorecieron la vida comunitaria.

Por otra parte, la presencia de conectores, como patios y planicies, potenció la integración entre las partes, a pesar de la difícil topografía donde se implantaron. Sin embargo, durante la década de 1970 y de forma generalizada, estas arquitecturas fueron cuestionadas por una aparente falta de relación con su contexto y una excesiva simplificación de los modos de vida que imponía el racionalismo.

Afortunadamente, hoy en día no cabe duda de que frente a las actuales construcciones en altura, estos modelos son modelos reales de una arquitectura colectiva en diálogo con lo preexistente, gracias al uso de un lenguaje arquitectónico respetuoso y coherente con el control físico del entorno y artífice de la creación de una auténtica *vecindad*. En este sentido, Rodrigo Pérez de Arce señala: “El edificio de vivienda colectiva encarna modelos sociales cuya ambición integradora puede variar. Según el carácter que posean los espacios compartidos se materializarán estas relaciones. ¿En qué condiciones puede el proyecto estimular el encuentro o proteger la autonomía y el desencuentro de los vecinos?” (2006: 25).

En cualquier caso, para evaluar la importancia de los modos de vida locales en el diseño del modelo espacial de estas arquitecturas, se requiere un estudio detallado sobre las formas de ocupación y sus transformaciones en el tiempo. Por tanto, cabría plantearse cuestiones como si estos conjuntos lograron acomodarse a las condiciones locales de la ciudad o si, por el contrario, los modos de vida de la gente fueron los que se adaptaron a los conjuntos. En resumidas cuentas, la pregunta que se establece es: ¿cómo influyeron las cualidades arquitectónicas —particularmente, las de los espacios comunitarios— en los cambios acaecidos en el tiempo?

El conjunto habitacional “Siete hermanas” (Figura 1), inicialmente denominado conjunto habitacional Monte grande, fue una de las últimas construcciones de la Caja de Empleados Particulares (Empart) en Viña del Mar. “Siete hermanas” ha sido considerado un proyecto paradigmático que encausaba y consolidaba los ideales modernos, en buena medida por su atención a las interacciones sociales (Fuentes, 2011: 137). Asimismo, se ha

destacado como referente arquitectónico internacional, tanto por su magnitud como por sus cualidades arquitectónicas y por su “lenguaje rico basado en la calidad y expresividad de los materiales variados” (Benévolo, 1994: 785). El conjunto forma parte de una iniciativa del Ministerio de Vivienda y Urbanismo que, durante los primeros años de la década de 1970, planteó construir una serie de conjuntos habitacionales en las áreas rurales de los cerros sur de la ciudad –Las Colinas, Forestal Alto y Chorrillos–, dado el considerable aumento de población que se estimaba para el siguiente decenio.

Diseñada por los arquitectos Hugo Boetsch y Jorge Elton para la constructora de viviendas económicas Monte Grande, la obra se inició en 1974, aunque su recepción oficial no se produjo hasta el 5 de diciembre de 1978². La ejecución del conjunto—proyectado para 7.500 habitantes— estaba prevista en tres etapas: la primera, que contemplaba la urbanización y construcción de 324 viviendas en la ladera; una segunda, que se haría cargo de 704 viviendas en la meseta, con un amplio equipamiento—en términos comerciales, sociales, educacionales, de salud, de oficinas públicas y privadas, en total 12.000 m²—; y, finalmente, una tercera, que pretendía la construcción de 472 viviendas y áreas de esparcimiento, que completarían un total de 1.500 viviendas (260.000 m²)³. A escala urbana, se pretendía construir una vía de conexión directa entre el centro de la ciudad y el cerro, al extender la calle Alcalde Prieto hacia el tranque Forestal, a través de la Quinta Vergara, hasta empalmar con la variante a la capital por el sector de Rodelillo (Figura 2). Finalmente, la obra se concretó en dos etapas (Figuras 3 y 4), en las que se edificaron un total de 30 edificios, 720 viviendas, una superficie total de 37.418,92 m² y un equipamiento mucho más reducido que el previsto inicialmente. La vía proyectada tampoco se materializó, convirtiendo la vía de Forestal en el único acceso al conjunto.

Este proceso de formación del conjunto y de la comunidad, junto a las consecuencias de un proyecto inconcluso, ha quedado grabado en la memoria de los vecinos a través de los sucesos ocurridos en el tiempo. Así, se ha considerado que el testimonio de los habitantes originarios del conjunto podría aportar datos relevantes que ayuden a profundizar en una serie de parámetros que interesan para el análisis global de sus ámbitos comunitarios, como la coherencia entre el espacio planificado y el espacio vivido, los cambios acaecidos en dichas zonas a través del tiempo, las formas de apropiación, el respeto por los límites y la adaptación a los modos de vida⁴. Esta metodología, lejos de basarse únicamente en las entrevistas en profundidad hechas a los vecinos, consigue reconstruir la historia del proceso no sólo a partir del estudio de la documentación original y el análisis arquitectónico canónico de la obra, sino a través de la verificación de los resultados de dicho análisis con el relato de los protagonistas del habitar de esos espacios. En definitiva, esta investigación se enfoca en la memoria colectiva y la narrativa de su trayectoria, una fuente

que aporta información precisa sobre las relaciones comunitarias, los usos del espacio y la importancia que ha tenido en la vida cotidiana; conocimiento imposible de obtener a través del estudio y consulta de los documentos tradicionales.

“Y fue sólo a través de la experiencia de la entrevista que los historiadores descubrieron que la historia oral podía aportar, no sólo más fragmentos de información, sino enteras perspectivas nuevas; evidencia, y también interpretaciones, de los puntos de vista, antes mal representados, de hombres, mujeres y niños comunes y corrientes, acerca de lo que según ellos tenía más importancia en su vida” (Thompson, 1993: 2).

Estos fragmentos de la memoria de los habitantes del conjunto habitacional “Siete hermanas”, vistos desde el presente, revelan una serie de hitos que se presentan ordenados a partir de tres momentos fundamentales en el entendimiento, definición y evolución de los espacios comunitarios del conjunto: la llegada a las viviendas, los procesos de adaptación e integración y las transformaciones sufridas por la comunidad.



Figura 1 Vista general de la primera etapa del conjunto

[2] Tal y como consta en el Expediente Municipal del conjunto en la Dirección de Obras Municipales de Viña del Mar.
[3] Esta descripción figura en la memoria explicativa del anteproyecto del conjunto, contenido en el mismo expediente.
[4] Con el fin de conservar el anonimato, se ha utilizado nombres ficticios para cada testimonio.

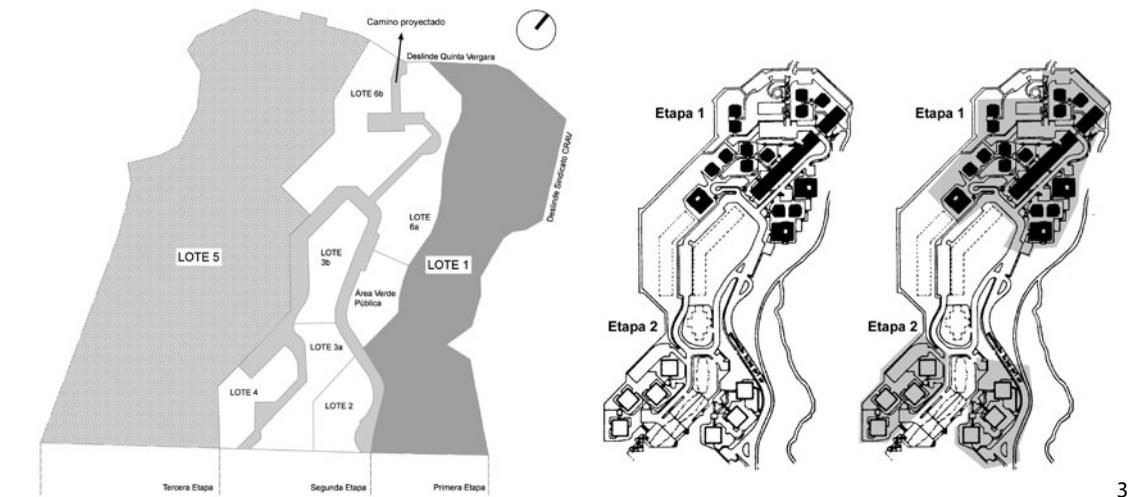
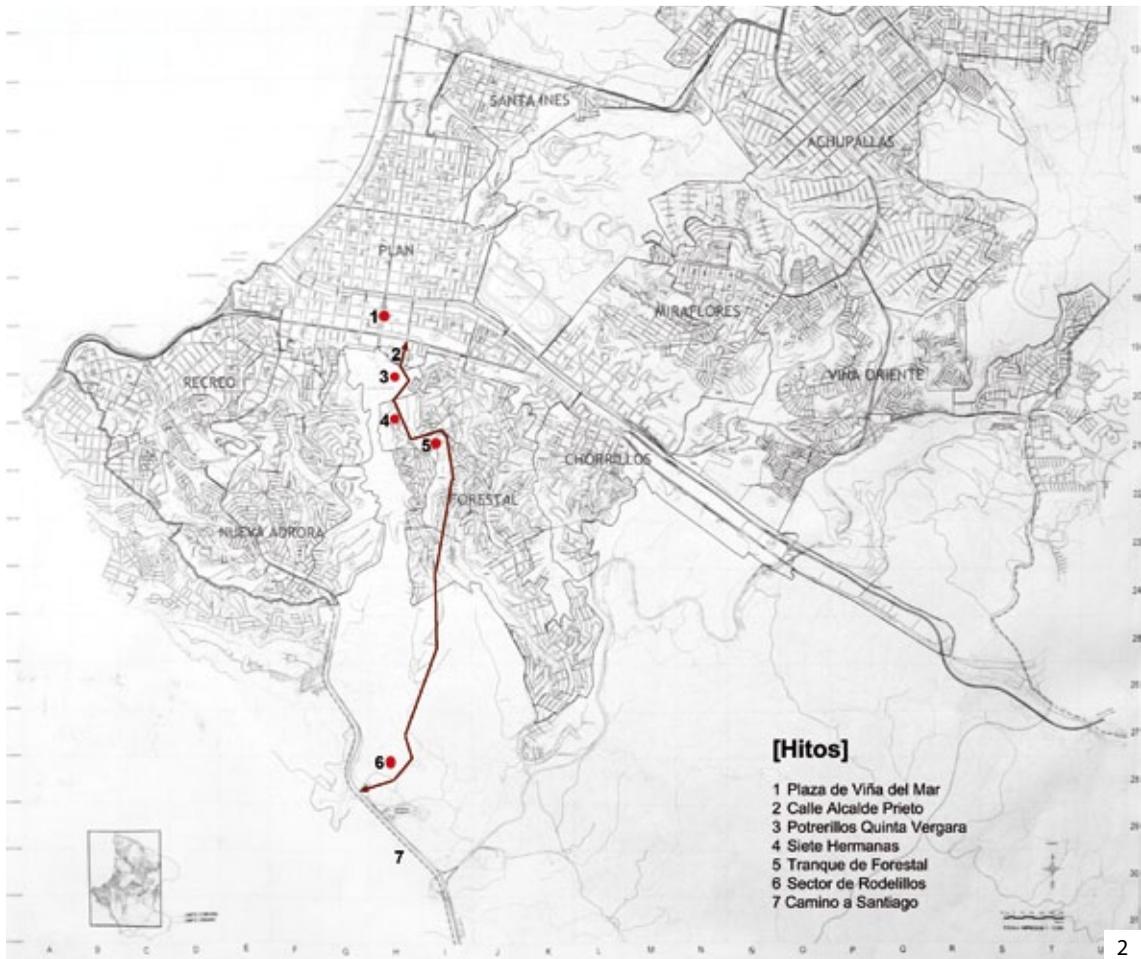


Figura 2 Esquema del proyecto de vía entre el centro de Viña del Mar y el camino a Santiago, pasando por el conjunto habitacional "Siete hermanas" / Figura 3 Anteproyecto, proyecto final y etapas de construcción del conjunto. / Figura 4 Sección longitudinal del terreno y obra.

EL DESEMBARCO. CARACTERÍSTICAS DEL CONJUNTO Y PRIMEROS ENCUENTROS.

“Siete hermanas” fue instalado en un paisaje con unas características muy particulares. Básicamente, en pendiente y alejado de un entorno urbano inmediato, su situación y configuración sin duda modificaron algunos de sus planteamientos originales. Así, lo que pretendía ser una extensión planificada en los cerros, se vio sometida a una serie de cambios imprevistos que marcaron el devenir del conjunto y de la vida de sus habitantes. Uno de ellos recuerda: “Esto lo formó la Caja de Empleados Particulares que compró todos los terrenos con los fondos provisionales y luego hizo las construcciones. Pero, en medio del gobierno militar, lo traspasaron a una empresa privada, y al final esa empresa nunca se hizo cargo de ninguna de las cosas que quedaron inconclusas” (Sara, sector dúplex).

La primera etapa se desarrolló en la ladera norte del cerro. Sin embargo, la segunda se extendería por la zona que quedaba al sur de la meseta, dejando un área importante de terreno entre ambas partes, donde originalmente estaba previsto construir una importante banda de equipamiento unificador. En ambos estadios, los factores externos propios del emplazamiento, como las vistas, la trayectoria solar y el terreno, influyeron de forma considerable en la articulación del conjunto.

El primer conglomerado (Figura 5) se conformó por 23 edificios (20 torres de 7 pisos de altura, con 4 departamentos dúplex por nivel –en la figura A2-E2-E3-E5 a E19–, y 3 conjuntos de 4 viviendas pareadas de 2 pisos –en la figura E1-E4-E20–), organizados en dos grupos: uno situado en la ladera, adaptado a las distintas cotas de la pendiente del terreno, y otro en la cumbre de la meseta, donde una pastilla continua –E12 a E17–, colocada en el sentido norte-sur, alojaba los espacios para comercio y servicios en los niveles intermedios, dejando las viviendas para los pisos superiores e inferiores⁵. En palabras de sus autores, fue un proyecto realizado “en base a una tipología de viviendas que se repite, y un adecuado aprovechamiento de la topografía, logrando una edificación en altura sin uso de circulaciones verticales mecánicas” (Elton y Boetsch, 1977: 18).

El escalonamiento de los volúmenes edificados para adaptarse a la ladera, junto al espacio liberado entre los mismos, favoreció el control visual, la obtención de luz, ventilación y la separación de las masas, lo que generó una serie de zonas comunes a nivel del suelo transitable por el peatón, conectadas con las planicies de mayor extensión. A este sistema se superpuso una trama de pasarelas de circulación horizontal. Una serie de cajas de escalera abiertas, situadas en los espacios entre las agrupaciones de edificios, cosían todos los niveles de

este auténtico *tejido* de desplazamientos. Conectado con la circulación interna de la pastilla longitudinal y comunicando las zonas exteriores con el área de equipamiento colectivo de la planta intermedia, resultaba, en su totalidad, un sistema de recorridos agrupadores de actividades⁶. El elemento base de articulación de este grupo fue un conjunto de dos torres, organizadas linealmente y vinculadas a las pasarelas mediante el acceso a los edificios. En algunos casos, se conformó una organización radial con la integración de una tercera torre. El cuerpo longitudinal se configuró con una secuencia de pares de torres consecutivas y conectadas entre sí.

La segunda fase (Figura 6), construida en la parte alta de la meseta sobre un terreno con menor pendiente, constaba de siete edificios en altura (con 13 pisos y 4 departamentos por nivel) y unas zonas de estacionamientos y jardines. Su situación, alejada de la primera etapa, dejó un espacio vacío entre ambas sin una función específica, que dejaba una distancia visual considerable. Como en la primera fase, la disposición de las torres se adaptó a las cotas del terreno, dando lugar a un sistema escalonado que facilitó la aparición de un conjunto de terrazas y jardines de estancia entre los edificios. Los edificios se agruparon por pares y triadas, que contaban con un sistema de circulación vertical interno en base a escaleras para cada uno y a un ascensor mecánico externo común que, además, los conectaba mediante las pasarelas horizontales de unión. Una pobladora recuerda: “Cuando vinimos a ver los departamentos de las torres, nos contaron que en el hueco central del edificio habrían ascensores, pero finalmente los dejaron así, porque los pusieron por fuera. Por eso yo no quise quedarme allá, porque me imaginaba que mi hijo podría caerse en ese tremendo espacio de alto” (Olga, sector dúplex).

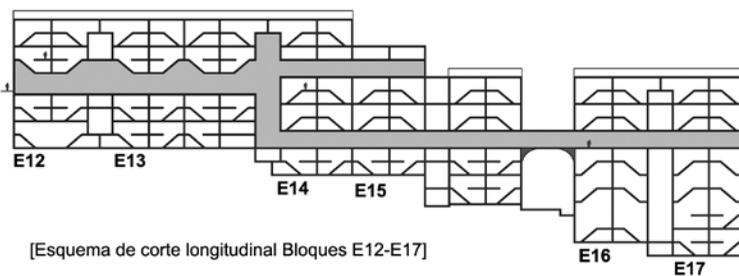
El sistema completo de circulaciones (Figura 7) generó una espléndida variedad y continuidad de recorridos, que conectaba las áreas comunes de jardines, patios y estacionamientos. Así, las actividades se agruparon en el exterior, dispuestas en una relación constante hacia el entorno, que potenciaba el arraigo al lugar. En ambas etapas, la verticalidad de las torres, contrastada con la horizontalidad de las pasarelas abiertas de circulación y las amplias zonas comunes asentadas en la sinuosidad de la pendiente, introdujo un principio de oposición equilibrada de tensiones, lo que terminó aproximando aún más la obra de arquitectura al lugar. “Esta incorporación de la topografía como elemento sustantivo del proyecto –explica Abarca–, le permite acceder en niveles intermedios al desarrollar circulaciones internas y externas, por medio de pasillos, balcones y puentes, y lo transforma en una unidad que se recorre separando al peatón del vehículo y estableciendo en esa nueva geometría un recorrido que combina lo existente, la pendiente, lo proyectado y la horizontal” (155).

[5] Véase bloque central en el esquema 2 de la figura 5.

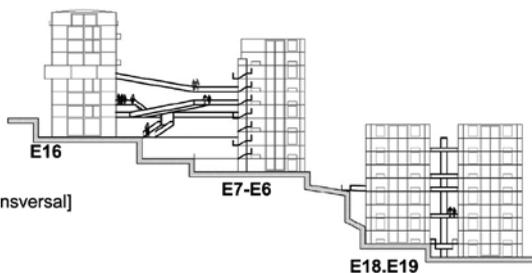
[6] Véase en el esquema 3 de la figura 5.



01 [Emplazamiento agrupación Etapa 1]



02 [Esquema de corte longitudinal Bloques E12-E17]



03 [Esquema de corte transversal]

Figura 5 Emplazamiento de la primera etapa del conjunto y cortes.

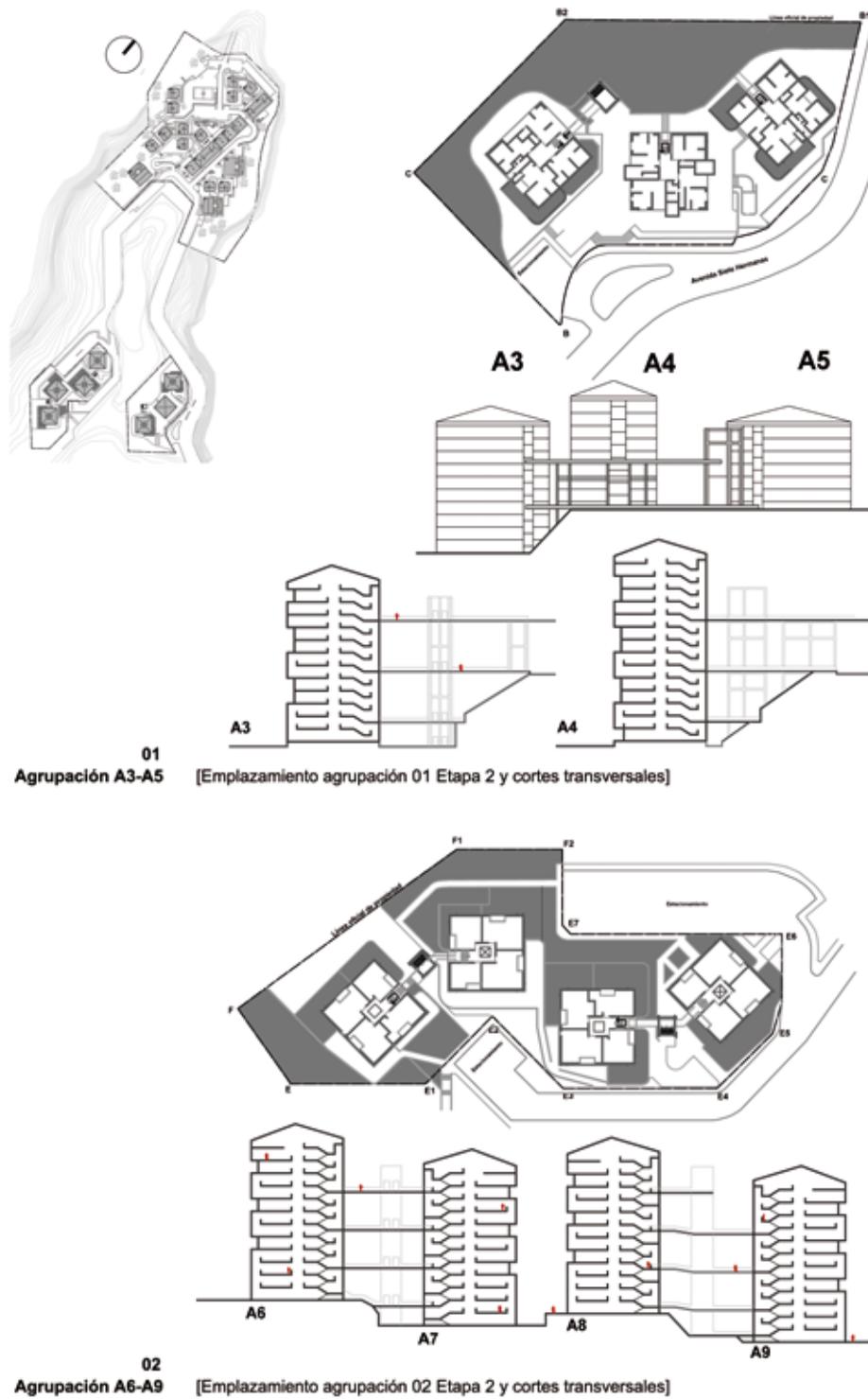


Figura 6 Emplazamiento de la segunda etapa del conjunto y cortes.



Figura 7 Imágenes de algunos espacios de circulación del conjunto.

En cuanto a las distintas tipologías de vivienda (Figura 8), en la primera etapa la mayoría de ellas fueron construidas en dúplex⁷ para adaptarse al fuerte componente vertical del terreno. Estas rondaban los 70 m² y su distribución general consideró las áreas comunes en un nivel y las individuales en otro. Tanto las circulaciones internas como la batería de servicios se situaron en un eje central del bloque. Con las viviendas pareadas se proyectó una distribución similar. Al respecto, otro testimonio: “[...] el hecho de ser dúplex daba como una independencia. No es un departamento donde estemos todos metidos ahí [...] Era como una casa; y a los chiquillos también les fascinó la escalera, subían y bajaban todo el día [...]” (Sara, sector dúplex).

Por el contrario, la única tipología utilizada en la segunda etapa se desarrollaba en un solo nivel, con algo más de 50 m², distribuidos en una zona común, dos dormitorios y tres áreas de servicio.

En ambos casos, la presencia de balcones y terrazas determinó un peculiar ritmo en la fachada, marcado por la prolongación de los espacios interiores hacia el exterior en una suerte de espacios de transición entre ambos ámbitos. Las diferentes texturas y color de los materiales de fachada develaban las funciones internas de las viviendas. Lo mismo ocurrió en los espacios comunes y accesos a los edificios, que, mediante el color, pretendían diferenciarse unos de otros, según evoca una habitante: “El conjunto era tan lindo [...] las luces eran así, redondas, en todos los lados iguales. Si el edificio era azul, las luces azules; para los edificios salmón, las luces salmón. Todos los pasillos tenían luces, parecía un barco: ¡era precioso!” (Olga, sector dúplex).

Con el *desembarco* comenzaron los primeros acercamientos entre vecinos, de manera que la proximidad entre los edificios resultó determinante para las primeras asociaciones. Los inicios no fueron fáciles, como resalta Laura, del sector dúplex: “no era llegar y hablar porque el país se encontraba en un momento difícil”. Sin embargo, los niños jugaron un papel capital en el establecimiento de relaciones, ya que se encontraban y reunían en los espacios comunes, como los jardines,

las pasarelas y los estacionamientos. La separación de las circulaciones peatonal y rodada favoreció el libre desplazamiento de los niños por el complejo y las pasarelas se convirtieron en la ruta fundamental hacia los diferentes puntos de encuentro.

LA MEZCLA. PROCESOS DE ADAPTACIÓN E INTEGRACIÓN.

Rápidamente comenzaron las dificultades. En primer lugar, se hizo patente la ausencia de inserción urbana del conjunto, lo que lo dejaba aislado del resto de actividades de la ciudad. La ausencia del camino proyectado —y nunca construido— alteró las rutinas cotidianas de los vecinos, ya que, aunque el conjunto se pensó para un habitante propietario de un vehículo, la realidad es que un número considerable de moradores no cumplían este requisito y necesitaban trasladarse hacia la ciudad, por lo que la presencia de caminos y transporte público se convirtió en una necesidad esencial. Así lo recuerda Sara: “[...] desde que nació esta población su problema máximo ha sido el de la movilización. Nunca hemos tenido una movilización óptima, ni una diversidad en el servicio [...] Empezamos con una micro que no venía expresamente para acá; entraba porque seguía hacia arriba, a Forestal. Era la línea 31 A, y tardaba por lo menos entre tres cuartos de hora a una hora. Y el día sábado, domingo o festivo, desaparecía porque venía completa y no paraba acá”.

Curiosamente, esta situación, lejos de suponer un problema, impulsó la *inteligencia colectiva*. Los vecinos comenzaron a ayudarse mutuamente, algunos incluso se dedicaron profesionalmente al transporte colectivo y escolar. De esta manera se constituyeron los primeros lugares simbólicos de encuentro: los paraderos. La práctica de la espera se transformaría en una rutina, favoreciendo el encuentro espontáneo entre los vecinos: “Cuando los niños eran pequeños, era típico juntarnos en el paradero del colectivo o del *kleinbus* para recoger

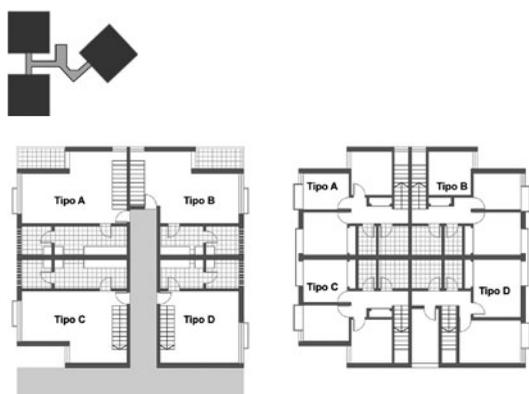
[7] Como se sabe, esta tipología fue muy utilizada para manejar las condiciones de la Ley Lorca sobre las circulaciones comunes, favoreciendo enormemente la espacialidad de las circulaciones de las construcciones en pendiente.

los, y ahí nos íbamos conociendo: “ah usted es la mamá de tal niño”, “¡oh...usted...!”- relata Olga.

Por otra parte, se fue gestando espontáneamente un camino peatonal a través de la Quinta Vergara, que facilitaba el acceso directo a la ciudad y, hasta ese momento, se consideraba bastante seguro⁸. Este lugar de arraigo territorial funcionó durante mucho tiempo como una extensión de la primera etapa, ya que por su proximidad se utilizó como un área de esparcimiento, sobre todo durante la época estival. Así lo explica la misma pobladora: “[...] para nosotros la Quinta Vergara ha sido el foco de conexión para todo, porque uno baja por la quinta y, en menos de cinco minutos, está en el centro de Viña o en la parroquia de Viña; y los chiquillos iban a jugar a la Quinta Vergara y se desplazaban al colegio... Hasta el día de hoy, ese ha sido el punto de conexión con el centro”.

El proyecto preveía un equipamiento que proporcionase autonomía al conjunto, de manera que no fuese necesario tener que desplazarse al centro de la ciudad. Pero, cuando la obra se entregó, la enorme batería de servicios proyectada había quedado reducida a unos pocos locales comerciales, una sede social, una zona con tendederos de ropa, una sala de servicios médicos y algunos lugares de estancia. Por otra parte, la continuidad de los recorridos entre el interior y el exterior, generó una secuencia de umbrales y espacios intermedios relacionados con el entorno que, con el tiempo, dieron paso a la formación de ámbitos de descanso frente a los accesos de los edificios, las mesetas de las escaleras y los espacios entre los locales comerciales. También se conformaron algunos puntos estratégicos de encuentro, por ejemplo, en los sectores de mejor visión panorámica a la ciudad y en las zonas ocultas para las actividades clandestinas (Figura 9). A propósito, algunos testimonios narran: “[...] teníamos tendederos comunes para colgar la ropa en una terraza, esto era exclusivo para los que no tenían terraza en sus departamentos. Ahí también se reunía la gente a conversar cuando se encontraba” (Olga, sector dúplex); “[...] cuando llegamos acá, el único contacto que nos quedó con la constructora fue un aparato telefónico que pasó a ser administrado por una hija de una vecina [...]. Estaba cerca de los locales comerciales y siempre se reunía la gente afuera, esperando comunicarse, sobre todo para las catástrofes” (Laura, sector dúplex).

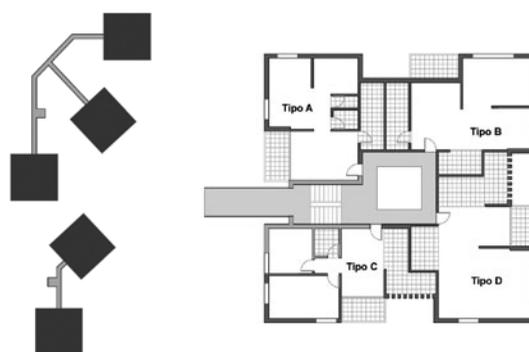
Con el tiempo, los espacios comunitarios se fueron completando con las canchas deportivas (una formal y otra espontánea) y los espacios de juego que, por su disposición física y su conexión con el sistema de circulación, se convirtieron en zonas de intercambio activo, ya que concentraron las actividades y proporcionaron el escenario adecuado para la vida cotidiana. El espacio entre los jardines, los estacionamientos y las canchas (popularmente conocido como “los cubos”), además de ser el soporte de las principales actividades comunitarias, fue el nexo con la Quinta Vergara, y funcionaba como una extensión espacial y acústica durante el Festival de Viña del Mar. Por otra parte, la sinergia con el entorno público y las calles de dicho conjunto, sirvieron



Planta tipo vivienda dúplex 1 Etapa, 1º y 2º nivel



Planta tipo vivienda dúplex 1 Etapa, 1º y 2º nivel



[Planta tipo departamento 2 Etapa, 1º nivel]

Figura 8 Tipologías de vivienda.

[8] La distancia entre el conjunto y el centro de Viña del Mar a través de la Quinta Vergara es de aproximadamente 0,5 km, mientras que por el camino de Forestal se extiende a 1,8 km.

de soporte a distintas prácticas de barrio, como las celebraciones de festividades nacionales y los aniversarios del conjunto, que con el tiempo se convirtieron en rutinas colectivas: “Para el aniversario del conjunto se hacían los “carros alegóricos”. Se hacían acá [refiriéndose al estacionamiento], salían de ahí y se iban al tranque, se daban la vuelta y aquí se hacía la fiesta, en la cancha. Todos participaban: adultos, dueños de casa, todos. Los carros se hacían por torres: la azul, la amarilla, todo eso” (Sara); “Recuerdo que antes, cuando los niños jugaban, nos sentábamos a tomar el sol y ahí aprovechábamos para *comadrear* [...] Esa era la forma de relacionarnos entre las mujeres. Siempre ocurría frente a la cancha de fútbol y al bosque, porque en ese lado llega el sol [...]; nos reuníamos frente a la cancha de fútbol a escuchar música y muchas veces los chiquillos atravesaban el bosque ilegalmente para entrar a la Quinta” (Laura).

EL CAMBIO. DE LOS DESENCUENTROS A LA NUEVA COMUNIDAD.

Todo este ambiente se puso a prueba con las transformaciones que sufrió la sociedad chilena durante la década de 1980, lo que conllevaría un cambio de prácticas en el espacio comunitario. El endeudamiento generalizado de los vecinos ante el nuevo sistema de Administración de Fondos de Pensiones (AFP), les forzó a vender o alquilar sus viviendas, abriendo una puerta a la llegada de una nueva población para el conjunto: los arrendatarios. El anonimato y la individualidad adquirieron fuerza, debilitando la potencia que antes había tenido el sentimiento de ‘comunidad’. Las actividades se concentraron en el interior de las viviendas y, con el avance de la tecnología, se modificaron las prácticas domésticas. Así, la ausencia de la vida colectiva fue modificando el sentido de los espacios de “Siete hermanas”: “Antes nosotros podíamos hablar de *vecindad*, estábamos todos unidos como vecinos y eso era lo que nos ayudaba a solucionar problemas [...], ahora la gente no colabora, no quiere solucionar temas en conjunto. Por lo general, la gente exige pero no quiere obligaciones y así no se preocupan por mantener sus espacios” (Olga).

A nivel urbano, se mantuvo el aislamiento en el cerro y la compleja accesibilidad al conjunto. La dependencia del automóvil potenció aún más dicha separación, ya que los entornos del barrio se volvieron cada vez más inseguros. Del mismo modo, los espacios públicos situados en los bordes del conjunto fueron quedando cada vez más abandonados, de forma que el entorno más inmediato fue degradándose progresivamente, lo que dificultó el desarrollo de actividades comunitarias.

Naturalmente, dada la magnitud del conjunto, se fueron configurando sub-barrios (Figura 10), determinados por la proximidad entre edificios y su relación con los espacios comunes y accesos. La separación entre ellos se acentuó con el establecimiento de rutinas independientes, imposibles de asumir por toda la comunidad. La gente fue apropiándose del terreno entre las dos fases de construcción, dejando una zona neutral en el centro. De forma similar, en cada etapa se formaron agrupaciones por bloques, que fueron marcando su



Figura 9 Imágenes de espacios de encuentro y equipamiento asociado

territorio y sus propias actividades, como recuerda un poblador: “[...] en el caso de las torres, con el tiempo hubo mucha preocupación por los espacios comunes a diferencia de los dúplex. Se fueron implementando juegos y una cancha de *baby* fútbol; y eso fue haciendo que la gente utilizara espacios exteriores constantemente” (Armando, sector torres).

“Los almacenes no lograron nunca reunir a los dos sectores. Lo que sí reúne son las misas, las que se hacen acá, en la sede social del conjunto que tenemos acá en los dúplex -explica Sara-. Entonces, el día domingo aprendimos a conocernos un poco y a intercambiar algo con la gente de las torres”. En el mismo sentido, Beatriz, habitante del sector de las torres, recuerda: “[...] la fiesta de Navidad era una actividad comunitaria de toda la torre. Los niños bajaban al primer piso y había un vecino que siempre se disfrazaba de ‘viejo pascuero’ [...]. Claro que esta actividad era solo de esta torre, porque no nos relacionábamos con gente de otras torres”.

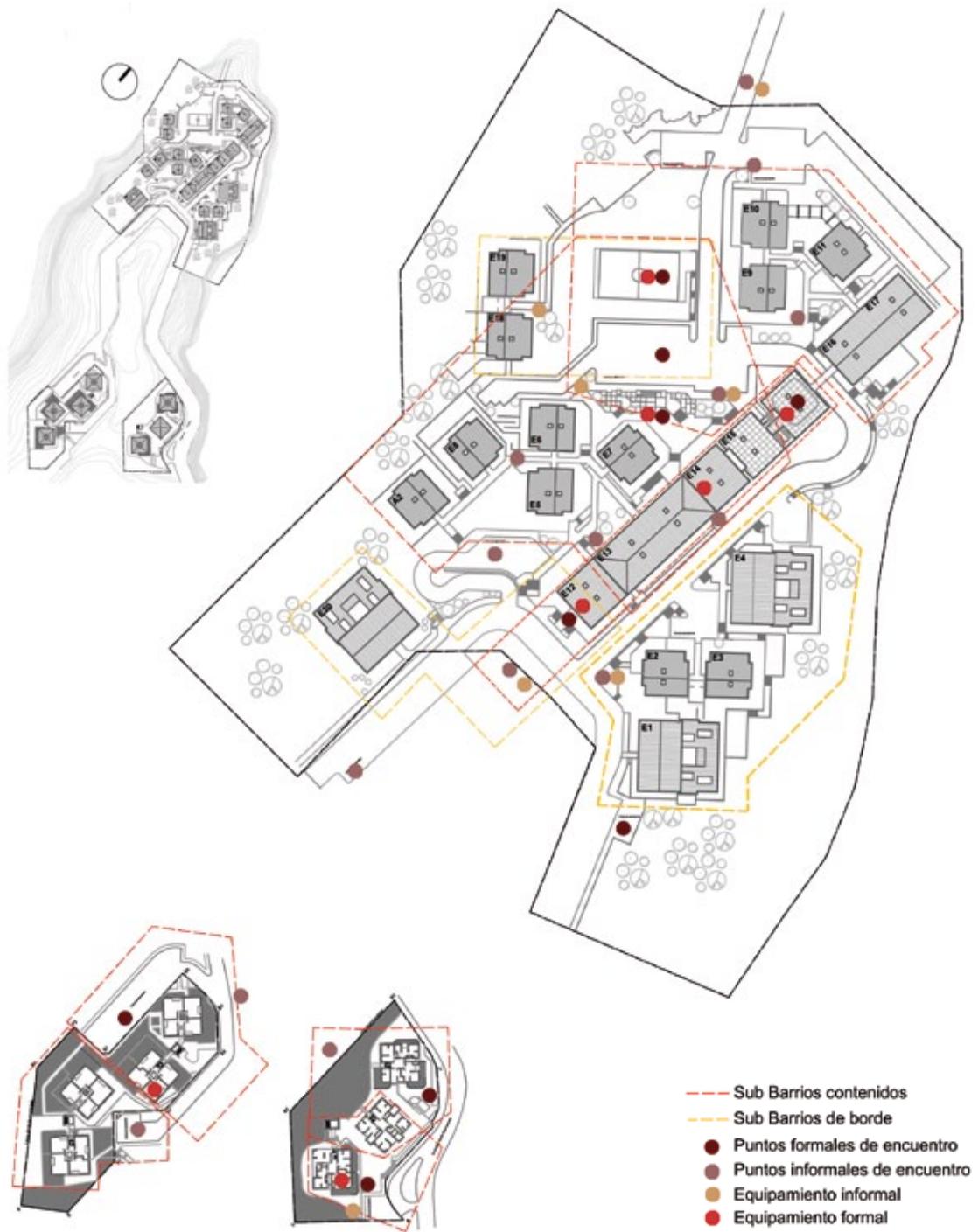


Figura 10 Esquema de formación de sub-barrios y puntos de encuentro asociados.



Figura 11 Imágenes de algunas transformaciones del espacio como cerramientos y apropiaciones.

En cuanto al equipamiento comunitario, el tiempo y la dependencia del centro de la ciudad provocaron que solamente funcionase para emergencias, lo que a la larga supuso un cierto abandono en el cuidado de algunos espacios y la aparición de “chiringuitos” en puntos estratégicos. Los problemas de administración de los principales espacios comunitarios, como las canchas

deportivas y algunas zonas de juego, se potenciaron con la construcción de límites físicos segregadores del espacio, que fueron alterando su capacidad para reunir distintas actividades, como narra Laura (sector dúplex): “[...] entre los vecinos de cada pasillo se fueron poniendo de acuerdo y se pusieron esa reja [refiriéndose a la reja de acceso a la torre. La verdad de las cosas es que

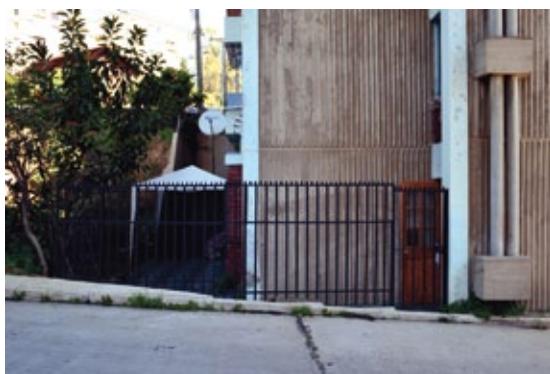
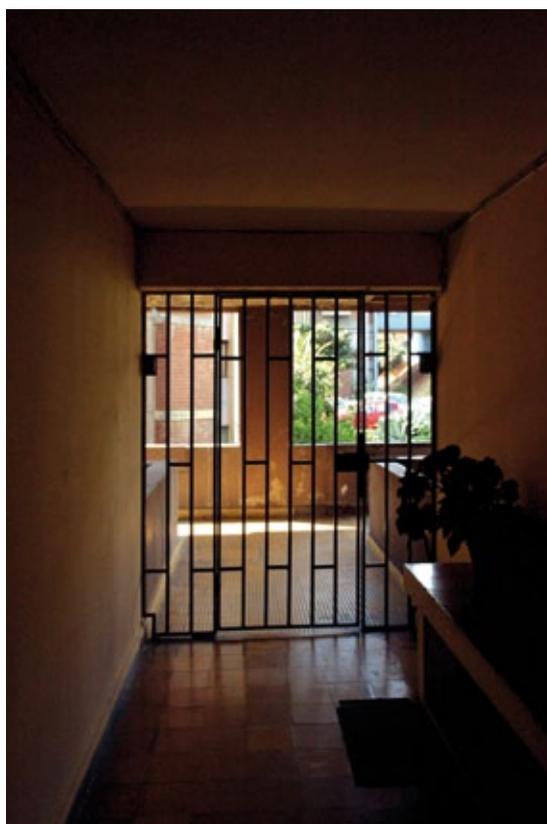


Figura 11 Imágenes de algunas transformaciones del espacio como cerramientos y apropiaciones.

es por seguridad [...]". Además, la desconfianza generalizada, sumada a la aparición de robos y delincuencia en el entorno, fomentó el control de los espacios comunes, lo que afectó directamente al funcionamiento de los sistemas de circulación de ambas etapas.

Con el tiempo se comenzaron a ver las primeras trans-

formaciones (Figura 11) en las viviendas, principalmente en las contenidas en los límites, porque el modelo espacial no permitía mayores cambios. En ambas fases se produjeron cierres de los espacios intermedios, reorganizaciones interiores de los mismos y, en el caso de las viviendas situadas en la primera planta, incluso apropiaciones de algunos espacios exteriores.

CONCLUSIONES

Visto a escala urbana, el conjunto “Siete hermanas” se ha mantenido en un estado de aislamiento de su entorno y de la ciudad. Las diferencias de ejecución respecto al diseño inicial del proyecto provocaron la desvinculación y aislamiento de las partes con el tiempo. Sin embargo, gracias a las cualidades espaciales del conjunto, las personas comenzaron a reunirse en sus espacios comunes. Asimismo, la constante relación con el paisaje potenció la vida comunitaria y la estancia al exterior, pese a la fuerte presencia de equipamiento en el interior. Con el desarrollo de la vida cotidiana, se dio paso a la formación de lugares que funcionaron *colaborativamente* con el sistema de circulación, gracias al buen manejo de la topografía y a pesar de la magnitud del conjunto. De este modo, los encuentros del barrio se localizaron básicamente en la sucesión de espacios intermedios en los recorridos entre interior y exterior, lo que ha hecho que sobreviviesen en el tiempo.

La calidad de las viviendas y de la construcción se ha demostrado con el paso de los años, tanto por sus cualidades técnicas y espaciales, como por la presencia de áreas comunes en el conjunto, que suplieron la racionalidad propia de la tipología colectiva.

En referencia a los sentidos de comunidad, el principal factor de transformación ha sido el recambio vecinal y el desarraigo habitacional, que ha debilitado el cuidado de los espacios comunes y la participación activa. A pesar de los nuevos estilos de vida y los problemas sociales, como la delincuencia o el tráfico de drogas, que incidieron en las prácticas espaciales, los espacios colectivos han logrado sobrevivir por las condiciones arquitectónicas específicas de “Siete hermanas”, que, sin lugar a dudas, facilitaron el arraigo al lugar. Pero, también lo han hecho por la insistencia de sus habitantes originarios en mantener vivo el espíritu de la comunidad. Al menos, así nos lo han relatado.

BIBLIOGRAFÍA

ABARCA, Gonzalo. *Obras y Lugares: Registro de la arquitectura de Viña del Mar*. Material inédito por publicar.

BENÉVOLO, Leonardo. *Historia de la arquitectura moderna*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1994.

ELTON, Jorge y BOETSCH, Hugo. Conjunto habitacional "Siete hermanas", Viña. *Revista AUCA*, 1977, N°32, p.18.

FUENTES, Pablo. La revista AUCA, 1965-1986: divulgación de la arquitectura y contribución disciplinar en el epílogo de la modernidad. *Arquiteturarevista*, 2011, Vol. 7, N°2, p.126-141.

PÉREZ DE ARCE, Rodrigo. *Domicilio Urbano*. 2ª Edición. Santiago: Ediciones ARQ, 2012.

THOMPSON, Paul. Historias de vida y análisis del cambio social. En: ACEVES, Jorge (Comp.), *Historia Oral*. México: Instituto Mora/ Universidad Autónoma Metropolitana, 1993.